

XVIII Sínodo ordinario de la Orden Cisterciense
Roma 30 de junio - 4 de Julio de 2014

Relación del Abad General sobre el estado de la Orden
Reflexiones conclusivas

Después de mi relación sobre el estado de la Orden, en particular de las Congregaciones y comunidades que me han sido especialmente confiadas, quisiera proponeros algunos pensamientos que me sugiere la situación que he delineado, y algunas perspectivas para continuar el camino de la Orden que me parece oportuno compartir y discutir con vosotros. Quisiera sencillamente dar unas pinceladas sobre las que reflexionar juntos.

Necesidad de mayor concordia

En nuestra Orden existen problemas que conciernen a cada una de las comunidades o cada una de las Congregaciones, por no decir a cada una de las personas. Es normal, es la vida. El Papa, en el encuentro con los superiores generales, nos dijo: “Los hermanos con dificultades: esta es la vida. En toda familia existen problemas. Pensar que pueda haber hermanos y hermanas sin dificultades, comunidades sin dificultades, es un error. No se puede ignorar el conflicto. Forma parte de la vida. Hay que afrontarlo” (Encuentro del 29.11.2013).

El problema está cuando las personas o las comunidades, o las Congregaciones, no ofrecen la posibilidad de afrontar juntos los problemas y tampoco de afrontar juntos los conflictos. El problema está cuando no se consigue dialogar con los superiores o las comunidades, o con las personas en particular. Quien huye, quien se esconda, quien se defiende antes de dialogar, es difícil ayudarlo. Se es impotente. Se dan situaciones que no he podido afrontar simplemente porque las personas me huían. En esto la estructura de nuestra Orden no ayuda siempre a afrontar los problemas con transparencia. Si uno quiere permanecer a distancia, si uno no quiere discutir, si uno no quiere hablar o escuchar, puede quedar fácilmente fuera del alcance. Debemos preguntarnos si en la Orden cultivamos lo suficiente una unidad real, la unidad de un cuerpo, y no solo una unidad formal, jurídica. Debemos preguntarnos si en la Orden hay una concordia, una unidad de corazón. Esto es posible solamente si estamos unidos en la conciencia de tener una vocación y un carisma comunes.

¿Pero tenemos esta conciencia de tener una vocación y un carisma comunes? Me pregunto si no sería un trabajo a proponer en el próximo Capítulo General, visto que cae en el año de la vida consagrada, a 50 años de la promulgación del *Perfectae caritatis*. La *Declaratio* ha sido un instrumento útil para plantear el tema de la unidad de la vocación de la Orden, pero veo en la práctica que este documento no es suficiente para favorecerla. El *lifting* del 2000 ha rejuvenecido solo en apariencia este Documento que sigue siendo un documento del 1969. ¿La Orden de hoy en día sería capaz de volver a plantearse el tema de su identidad y vocación?

El Papa, en el citado encuentro con los generales, dijo que es importante respetar la identidad cultural de quien entra en nuestras órdenes. Decía que es necesario vivir el mismo carisma pero no de la misma manera. Habla de esto también en la *Evangelii gaudium*. De hecho en nuestra Orden se da esta inculturación en los distintos continentes en la que está presente. Esto se ve muy bien, por ejemplo, en Vietnam y en Etiopía y Eritrea. Pero en la realidad, sobre todo allí donde las diversas culturas entran en contacto, o personas de una cultura se trasladan a otro ámbito cultural, se ve que el problema no está resuelto, y, quizá, está mal afrontado. Pero para vivir como una riqueza y con concordia la interculturalidad es necesario primeramente tener claro nuestro carisma común, profundo, fundado sobre el Evangelio, la Regla de san Benito, y la espiritualidad cisterciense. Después, es necesario conocernos por lo que somos, sin escondernos dentro de máscaras con las que queremos asemejarnos a los demás y dejemos de ser nosotros mismos.

Reencontrar una mística cisterciense

Por esto, es también necesario reencontrar una dimensión mística en el corazón o, más bien, en la fuente de nuestra vocación. La mística no quiere decir estar fuera de la realidad, sino vivir con la conciencia de la realidad total y, por lo tanto, poner en el centro de nuestra vida y de nuestro corazón la relación con Dios, la experiencia de Dios. Si he promovido en la Orden, y en los Trapenses y en los Benedictinos, la causa para obtener el Doctorado de la Iglesia para Santa Gertrudis de Helfta, en el fondo no ha sido porque mire al doctorado en sí, sino por ayudarnos a despertar en nosotros y entre nosotros la dimensión mística de nuestra vocación, y santa Gertrudis es un buen modelo de esto, junto con san Bernardo y otros padres y madres cistercienses. Porque a veces me pregunto, mirando las comunidades, el modo de vivir la liturgia y la vida de las comunidades: ¿Pero esta gente es cisterciense por amor a Cristo o por otras cosas? ¿Encuentran verdaderamente a Jesús? ¿Tienen una relación viva con Él? ¿Viven por Él, con Él y en Él? Con esta impresión y preocupación es con la que he escrito la última Carta de Cuaresma, que es mi deseo profundizar en el Curso de Formación Monástica de este año. Y entendamos bien que este tema, de la mística, no está reservado a las monjas, o a los monasterios más “contemplativos”: es urgente para todos, y diría que aún más para las comunidades que tienen pastoral, enseñanza, u otras actividades. Porque sin este centro, veo que las personas se pierden, pierden el camino, no son felices, viven como paganos.

La mística cisterciense es una mística bíblica, litúrgica, patristica, comunitaria, eucarística, humana, sponsal, filial, fraterna, de comunión... Debemos ayudarnos a reencontrar esta fuente de vida para vivir nuestra vocación y ser testigos verdaderos de Cristo en medio del mundo. Y ayudarnos a transmitirla a los jóvenes, de otra forma abusamos de su libertad. Cuando tenemos vocaciones y las mantenemos aprovechando motivos superficiales hacia los que creen ser atraídos por la fragilidad de su narcisismo, de su formalismo, de su clericalismo, esto quiere decir que tampoco nosotros tenemos experiencia de las razones profundas del seguimiento de Cristo. Pero solo las razones profundas permiten una perseverancia y una fidelidad fecundas y alegres, sin tener que buscar siempre nuevas compensaciones para llenar el vacío.

Reencontrar la comunidad

En muchas comunidades no encuentro comunidad. Encuentro un grupo, encuentro un equipo, a veces un ejército, pero más a menudo huéspedes de un hotel. Es un poco parecido a los hoteles que atienden a una empresa en particular, por ejemplo, una fábrica, un aeropuerto, una gran cantera, y en la que por lo tanto, todos los huéspedes tienen más o menos la misma tarea, pero en un hotel se está solo para trabajar en otra parte. Exagero, evidentemente, pero qué difícil es encontrar en los monasterios una comunidad que verdaderamente trabaja sobre sí misma, sobre su ser comunidad reunida por Cristo para vivir antes que cualquier otra cosa una fraternidad en Él, en la adoración del Padre, en la comunión del Espíritu Santo.

En la Regla, el lugar de la experiencia de Cristo presente y amante en nuestra vida, la experiencia mística de la que hablaba antes, no es nunca un único aspecto de la vida en el monasterio, tampoco solo la oración litúrgica, tampoco solo la Eucaristía, sino el conjunto integral de nuestra inserción en el Cuerpo de Cristo que es la vida de la comunidad. Comunidad quiere decir vivir juntos entre hermanos o hermanas, comunidad quiere decir tener un padre o una madre que nos guía, comunidad quiere decir rezar juntos, meditar juntos la Palabra de Dios, trabajar y servirse los unos a los otros, acoger los huéspedes, gestionar y usar juntos de los bienes, de los instrumentos. Comunidad quiere decir hacerse cargo de las fragilidades de cada uno, tanto morales como físicas. Comunidad quiere decir hacer juntos un camino, sin creer jamás que hemos llegado, que somos los mejores, porque nuestro ideal es precisamente el Cuerpo de Cristo Crucificado y Resucitado, que está sentado a la derecha del Padre y permanece con nosotros cada día hasta el fin del mundo, es decir, un ideal de comunión eterna.

La comunidad se nos da, nos acoge, no la creamos nosotros, pero se nos pide edificarla, aceptando ser en ella miembros vivos, miembros que se unen para recibir y expresar la vida de Cristo en cada uno de nosotros. Esta es en el fondo la verdadera caridad cristiana que, si se vive en el Cuerpo, puede expresarse e irradiarse después a todos, sin límites, en un amor universal

Para muchos miembros de la Orden, su comunidad no es aún un verdadero apoyo, un lugar de pertenencia familiar que acompaña, guía, corrige, conforta en el camino de la vida. Muchos buscan en otra parte el apoyo y la ayuda necesarios, incluso para alimentar lo que hacen por la comunidad o en su nombre. La comunidad no es aún para todos la compañía privilegiada para vivir la vocación, en el seguimiento del Señor. El riesgo es el de estar los unos al lado de los otros sin estar verdaderamente juntos, sin compartir los gozos y las penas.

En una comunidad es fundamental que se emplee tiempo en conocerse, el tiempo para comprenderse en profundidad. Y es un tiempo que no tiene fin, que requiere una disponibilidad siempre renovada, porque todos somos un misterio infinito de Dios.

Cuando no se cultiva esta amistad fraterna, esta amistad en Cristo que nos llama Él el primero “amigos” y nos pide darnos la vida los unos a los otros como amigos (cfr. Jn 15,12-17), de un modo u otro nos exponemos a nosotros mismos y a los demás a “perdernos”, a vagar perdidos a la búsqueda de otros lugares de pertenencia y consuelo, que pueden ser muy buenos y legítimos, pero que no corresponden al ámbito de la vocación que Dios ha elegido para nosotros.

Esta amistad requiere un trabajo. Un trabajo de formación continua. No es instintiva, no es sentimental. El trabajo principalmente de escucharnos, de darnos espacios en los que dialoguemos entre nosotros, en los que nos conozcamos y crezcamos juntos en el conocimiento de Cristo, del Verbo de la vida. Cuanto más espacio e importancia se da al diálogo profundo, más crece también la capacidad de silencio, la renuncia a la crítica y las charlas ociosas, y también la capacidad de discernir juntos sobre las elecciones que el monasterio debe hacer, incluso en el campo económico y material.

Un rebaño siempre en camino

Para concluir os remito a lo que recientemente decía en Salamanca y París al final de dos conferencias sobre la vida monástica y el Concilio Vaticano II:

"La vida monástica no va bien si tiene futuro, si tiene éxito, sino si camina. El abad, [según la Regla de San Benito], no debe garantizar el éxito de la comunidad, sino su camino, un camino que va hacia delante, que progresa en la salvación y que hace este progreso junto con los demás e interiormente. Tampoco podemos concebir la renovación conciliar como algo que debía o debe tener éxito, sino que debe tener una actuación, que debe acontecer. Y es lo mismo si la actuación de la renovación acontece rápidamente, o poco después del terminar el Concilio, o de treinta, o de veinte o de diez años a esta parte. Pero si aún no se ha iniciado, paciencia: puede comenzar ahora. Y quizá ahora podemos dedicarnos a ella con más urgencia, con mayor conocimiento de su necesidad. Las palabras del Espíritu Santo tienen ecos eternos, y no disminuyen de intensidad.

A cincuenta años del Concilio está por lo menos más claro que la reforma de la que tenemos necesidad no es una reforma de las formas, ni una reforma que se hace de una vez por todas. La reforma es un camino.

Se ha dicho que el Concilio Vaticano II ha sido sobre todo querido y realizado como una reforma pastoral. Esto nos hace estar atentos al hecho de que el ámbito de la renovación que promueve es la de un rebaño en camino. Si no hay un rebaño que hace o que quiere hacer un camino, la renovación conciliar no acontece.

Para mí esto significa que la renovación necesita dos cosas de forma indispensable: la concepción de la **autoridad como acompañamiento** [san Benito habla precisamente de "*regere animas* – guiar las almas", guiarlas pastoralmente] y de la **comunidad como lugar constante de comunión**.

Si el superior, la superiora, no es consciente de que su deber prioritario y, por necesario, exclusivo, debe ser el acompañamiento de los miembros de su comunidad, la comunidad no podrá renovarse, no podrá crecer en su vocación.

Y si la comunidad no se concibe como lugar de la comunión con Dios y con los hermanos y las hermanas, un lugar que no terminará nunca de edificarse, a través de todos los medios e instrumentos que nuestros carismas originales y la Iglesia nos ofrecen siempre, un rebaño que no terminará nunca de progresar siguiendo a Cristo Buen Pastor hasta la vida eterna, no podrá ser una comunidad renovada.

La renovación es un camino, no una transformación mágica, cosmética o revolucionaria. Un camino acompañado, meditado personalmente y en el diálogo fraterno. Sin estos elementos progresamos en la orgullosa tontería egoísta del rico de la parábola; y esto nos hace perder la vida, el sentido pleno y el destino eterno de la vida que Cristo pascual quiere darnos.

Sin embargo, siempre es nuevo, siempre es joven, el rebaño, la comunidad, que hoy da un nuevo paso, escuchando y siguiendo, a través de la Iglesia, la voz y la presencia “del pastor y custodio de nuestras almas” (cfr. 1 Pe 2,25)” (ver: www.ocist.org, Conferencias Abad General, 2014.06.11-12 Vida monástica y Vaticano II).

Acompañar un rebaño en camino. Esto es válido para cada comunidad, para las Congregaciones, para la Orden en su conjunto. Sé que no es fácil para ningún superior ser aquél o aquella que acompaña el rebaño que le ha sido confiado. A menudo es un deber en el que se experimenta mucha soledad, sentimientos de impotencia, de incapacidad, a veces de hostilidad. El buen pastor, dice Jesús en el capítulo 10 del Evangelio de Juan, da la vida por las ovejas, y no huye, incluso si viene el lobo. El asalariado, que busca su interés y ganancia, huye cuando el peligro se hace más fuerte que la ganancia esperada. Pero también algunas veces un buen pastor es tratado por las ovejas como si éstas fuesen lobos, u ovejas asalariadas que permanecen en el rebaño solo por su propio interés y no para dar la vida también ellas por el rebaño. Y entonces el pastor se encuentra tentado de huir, de creer que no vale la pena continuar guiando el rebaño.

Después existen falsos pastores o pastoras, asalariados y asalariadas, que consiguen huir con todo el rebaño, como hemos visto desgraciadamente en nuestra Orden, con el apoyo de otros pastores-asalariados... También ahí, quien mira bien, ve que a ninguno de ellos les “importan las ovejas” (Jn 10,13)...

Siento como algo urgente que en la Orden nos ayudemos a ser buenos pastores, que entre los superiores se dé esta ayuda, que haya un apoyo y también corrección, para no caer en el peligro de ser unos asalariados o, aún más, lobos rapaces. Que nos ayudemos a tener claro que aquello por lo que debemos dar la vida es la vida en Cristo y por Cristo de las ovejas, la vida de nuestras comunidades, no otras ganancias, no otros valores, no el número, no el poder, no la riqueza, no la gloria, no la popularidad, no el futuro, sino la vida en comunión con Cristo. Porque todo lo demás es frágil y pasa, y pasa muy deprisa.

Yo me siento confortado en la Orden cuando vivo o sé que vivís momentos de comunión fraterna entre los pastores, cuando tengo experiencia por mí mismo o veo que tiene experiencia entre los superiores, de una ayuda recíproca, de una fraternidad. Esto hace todo ligero, incluso los problemas “feos”, como los económicos, jurídicos, políticos. Sí, ligero como el yugo de Jesús “manso y humilde de corazón”, del Jesús de corazón fraterno, del Jesús Pastor tierno para los ovejas y los pastores.

Si tenemos que trabajar para actualizar las Constituciones, debe ser precisamente para esto, para que en la estructura y en los instrumentos de la Orden pueda darse más acompañamiento fraterno entre los superiores, entre las comunidades, entre las Congregaciones. Y que también el abad general pueda ser un pastor acompañado, y que pueda ser de verdad un pastor acompañante, sobre todo de quien está en necesidad, y pueda favorecer el acompañamiento fraterno dentro de la Orden entre las diversas realidades y personas.

Estoy muy agradecido a quienes me acompañan ya aquí en la Casa, en el Consejo, en las Congregaciones, y a muchos superiores y superioras dispersos aquí y allá pero que tienen un fuerte sentido de la comunión de la Orden. Otras veces me siento solo e impotente, no tanto por no ser apoyado, sino por no poder apoyar y acompañar de verdad ciertas realidades a causa de la estructura más bien solitaria con la que se ha concebido el gobierno central de la Orden Cisterciense. Veo que otras Órdenes, incluso más pequeñas que la nuestra, tienen una estructura central más comunitaria. El abad general cisterciense es un poco como el presidente de Italia. Tiene pocos poderes y, por lo tanto, poca “corte”, pero dado que las otras estructuras de gobierno se encuentran a menudo en crisis, debe hacer frente de muchas realidades difíciles prácticamente solo.

Pero no digo esto para lamentarme o dar compasión. Solo me doy cuenta que con frecuencia no alcanzo a poder responder adecuadamente a las peticiones de ayuda y a seguir como debiera las realidades de las que debo ocuparme porque superan el tiempo, las fuerzas y las capacidades que tengo.

Ofrecer la poca harina a Cristo y a la Iglesia

Una imagen bíblica me ha llamado últimamente la atención cuando celebraba la Misa en Salamanca, durante la semana de formación de la Congregación de Castilla. Aquel día la primera lectura era el episodio de Elías que, durante sequía, acude a la viuda de Sarepta y le pide agua y también un panecillo (1 Re 17,7-16). Por orden del profeta, la lluvia de la estación no caía, y la sequía había cortado también a Elías lo necesario para sobrevivir. Dios lo manda ir a la viuda.

«En aquellos días, el profeta Elías se puso en camino hacia Sarepta, y, al llegar a la puerta de la ciudad, encontró allí una viuda, que recogía leña. La llamo y le dijo: “Por favor, tráeme un poco de agua en un Jarro para que beba.” Mientras iba a buscarla, le grito: “Por favor, tráeme también en la mano un trozo de pan.” Respondió ella: “Te juro por el Señor, tu Dios, que no tengo ni pan; me queda solo un puñado de harina en el

cántaro y un poco de aceite en la alcuza. Ya ves que estaba recogiendo un poco de leña. Voy a hacer un pan para mí y para mi hijo; nos lo comeremos y luego moriremos.” Respondió Elías: “No temas. Anda, prepáralo como has dicho, pero primero hazme a mí un panecillo y tráemelo; para ti y para tu hijo lo harás después. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: ‘La orza de harina no se vaciara, la alcuza de aceite no se agotara, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra’ ”. Ella se fue, hizo lo que le había dicho Elías, y comieron él, ella y su hijo. Ni la orza de harina se vació, ni la alcuza de aceite se agotó, como lo había dicho el Señor por medio de Elías.» (1 Re 17,10-16)

En nuestra Orden estamos ya en contacto con situaciones de precariedad, o nos vemos dentro de ellas. Hablaremos también específicamente de este tema durante el Sínodo. De golpe, el diálogo entre Elías y la viuda me ha parecido describir el punto crucial de nuestra relación con la precariedad, y el modo de afrontarla según la voluntad de Dios y no solo dejándonos dominar por nuestras impresiones, por nuestros miedos, o por nuestros sueños.

La viuda de Sarepta vive en la precariedad de la última etapa. Cuando el profeta le pide un poco de pan, la viuda confiesa que no espera ya nada, que el horizonte de su vida y de la de su hijo es el final, la muerte: "Ya ves que estaba recogiendo un poco de leña. Voy a hacer un pan para mí y para mi hijo; nos lo comeremos y luego moriremos". Su mirada sobre la situación es realista. No tiene que lo necesario para sobrevivir aquél día, no tiene ningún otro recurso, y con la sequía que impera por todas partes, no se puede esperar que venga de fuera alguna posibilidad de supervivencia. Muchas de nuestras comunidades, humanamente hablando, pueden exponer el mismo discurso: tenemos lo necesario para vivir aún algunos años, o para morir en paz, después todo se termina.

Sin embargo, Elías pide a la viuda un acto extremo de ofrenda y fe; le pide ofrecerle lo poco que le queda, a él como profeta del Señor, por lo tanto a él que representa el designio de Dios, el reino de Dios, aunque misterioso. Aquí Elías es profecía de Cristo, del Cristo eucarístico.

Entonces he comprendido que cada uno de nosotros y de nuestras comunidades, tanto las más precarias como aquellas aparentemente fuertes, en lugar de dejarnos morir según la lógica humana, en lugar de vivir una lógica del final de los tiempos, estamos llamados más bien a preguntarnos: ¿Cómo podemos ofrecer lo poco que somos o que tenemos a Cristo, a la Iglesia, por el Reino de Dios? ¿Cómo estamos llamados a poner en las manos del Profeta nuestro destino? ¿Cómo estamos llamados a expresar nuestra fe en que, incluso en las condiciones actuales del mundo, de la Iglesia, de nuestras comunidades, Dios tiene un designio bueno, un designio de vida, para nosotros y para el mundo?

Quizá en estos días podamos dejarnos habitar por esta pregunta y este deseo de poner nuestra Orden en las manos de Cristo, Autor de la vida.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist